
La guerra de todos los estados contra toda la gente

John Holloway y Eloísa Peláez*

Gritamos. Horror, rabia, frustración. El bombardeo a Afganistán, las imágenes de los niños en los hospitales, la gente que ha perdido sus piernas por las minas, el hambre, la desesperación de aquellos que intentan escaparse cruzando la frontera. Y el bombardeo sigue, y las declaraciones santurronas de los políticos satisfechos, los maestros de la guerra. Tal vez lo peor para nosotros es la impotencia, el sentimiento de que no hay nada que podamos hacer para detener la matanza.

I

El estado más poderoso del mundo está bombardeando a uno de los países más pobres, lanzando bombas todos los días sobre niños, mujeres y hombres que no tienen ninguna posibilidad de defenderse. El gobierno de Estados Unidos declara que ésta es una guerra en contra del terrorismo, pero no es a los terroristas a quienes mata.

* John Holloway es profesor-investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Eloísa Peláez es investigadora independiente.

Está claro que detrás de la acción del estado norteamericano hay motivaciones que no tienen nada que ver con los eventos del 11 de septiembre. Está claro que el bombardeo tiene mucho que ver con los intereses estadounidenses en el área, particularmente en relación con el petróleo y las consideraciones geoestratégicas. Es importante analizar estos intereses para entender lo que está pasando y especialmente, para desmitificar las justificaciones estadounidenses de sus acciones horribles.

Sin embargo, es importante ir más allá de este tipo de análisis, por varias razones:

Primero, aunque estas motivaciones están presentes sin duda alguna, probablemente son parte de una mezcla mucho más confusa. Poner énfasis exclusivo en la persecución de los intereses estadounidenses implica atribuir una coherencia y racionalidad a las acciones del estado norteamericano que probablemente no poseen.

En segundo lugar, Estados Unidos no es el único estado involucrado, tiene el apoyo de una coalición internacional. Mientras que la existencia de la coalición expresa ciertamente la posición dominante del estado norteamericano, está igualmente claro que cuando los otros estados apoyan la “guerra contra el terrorismo”, están persiguiendo sus propios intereses. Presentar al estado norteamericano como el único culpable lleva fácilmente a un antiamericanismo que es teórica y políticamente estéril.

En tercer lugar, y sobre todo, el análisis de la guerra en términos simplemente de los intereses estadounidenses no hace nada para superar nuestro sentimiento de impotencia, ya que nosotros no estamos presentes como sujetos en este tipo de análisis.

II

¿Cómo podemos entender la situación actual de tal forma que no seamos simplemente espectadores impotentes? ¿Cómo podemos entender nuestra presencia en los eventos actuales, no sólo como víctimas sino como participantes activos?

Una forma de abordar la cuestión tal vez es viéndola no solamente como la guerra de Estados Unidos en contra de Afganistán, ni la guerra de Estados Unidos en contra del terrorismo, sino la guerra de todos los estados en contra de toda la gente, en la que estamos activamente involucrados.

La autopresentación de las relaciones sociales capitalistas siempre niega nuestra presencia activa. Afirmar nuestra subjetividad siempre implica criticar las apariencias.

Esto queda claro si pensamos en la competencia (ya que esta ponencia está escrita para un grupo de trabajo sobre la economía internacional). La competencia parece ser un conflicto entre dos empresas capitalistas distintas. La reflexión nos revela que esto es cierto nada más de forma superficial. Las dos empresas, que parecen ser distintas son en realidad dos fragmentos de un todo (el capital) que compiten entre sí por una mayor parte de la plusvalía social total. Los dos capitales individuales compiten de varias maneras, pero la manera más importante es a través de la intensificación del proceso de trabajo de sus trabajadores, de la maximización de la plusvalía producida por sus trabajadores. Los dos capitales compiten no tanto luchando el uno contra el otro sino luchando los dos contra sus propios trabajadores. El mayor problema para los capitales no es lo que hace el otro capital sino más bien el comportamiento y resistencia de sus propios trabajadores. Los capitales en competencia tienen un interés común en maximizar la explotación. La competencia es la forma en la cual el valor se impone (a espaldas de los actores).

La competencia, entonces, es una forma de lucha de clases. La lucha no es tanto entre dos grupos de personas (capitalistas y obreros) como entre dos formas de hacer, dos formas de entablar relaciones sociales. La lucha por parte del capital es una lucha para imponer el valor como forma de hacer (o forma de relaciones sociales), en la cual los que hacen están separados del control de su hacer. La lucha por parte de los obreros es una lucha en contra de la imposición del valor e implícita o explícitamente por una forma de hacer en la cual los hacedores mismos (los trabajadores) deciden qué debe hacerse y cómo. La lucha de los trabajadores es por un mundo que podría ser: la fuerza de su lucha es la fuerza en el presente de lo que todavía no es.

La guerra se parece a la competencia en el sentido de que, a pesar de las apariencias, siempre es una guerra en contra de la clase obrera.

Esto no significa que la guerra sea simplemente una extensión de la competencia entre capitales individuales o grupos de capitales. Puede ser que en algunos casos, las guerras se hagan simplemente para perseguir los intereses de los capitales ubicados en el estado en guerra, pero la separación fundamental entre lo político y lo económico (la particularización de lo político) significa que no es posible asumir que un estado actuará racionalmente en los intereses de los capitales ubicados en territorio. Es por eso que, en el caso del ataque en contra de Afganistán, aunque los intereses de los capitales o grupos de capitales particulares están presentes en las fuerzas que motivan las acciones del estado norteamericano, cualquier persecución de estos intereses estará filtrada por la confusión, el conflicto, la ignorancia e irracionalidad, que son parte integrante de la existencia del estado como forma particular de las relaciones sociales capitalistas.

Las guerras, como la competencia, parecen ser entre dos entidades distintas. En realidad, los dos estados son dos fragmentos de la administración política de

una sola sociedad capitalista global. Los estados parecen ser de sus sociedades nacionales particulares (estados soberanos), pero en realidad su base material se deriva de la explotación global del trabajo.

Además, al igual que en la competencia, en una guerra los estados individuales pelean volviéndose en contra de su propia población, intensificando la disciplina social. Típicamente, esto implica introducir conscripción para obligar a los hombres jóvenes a matar y ser matados; introducir la censura para que la gente no sepa lo que se hace; controlar, encarcelar o matar ‘extranjeros’ (aquellos que no están reconocidos como ciudadanos del estado); prohibir huelgas; intensificar la disciplina en el trabajo y aumentar los impuestos, entre otras medidas. Los estados en guerra están preocupados tanto por la falta de disciplina de su “propia” población como por el comportamiento del “enemigo”. El mayor enemigo para un estado en guerra no es el enemigo oficial sino la repulsión popular por todos lados en contra de los horrores y lo absurdo de la guerra.

En una guerra los estados luchan por intereses particulares, exactamente como lo hacen las empresas en la competencia. Sin embargo, el resultado más importante no es la victoria de una empresa u otra, de un estado u otro, sino la reestructuración de las relaciones sociales que se impone a través de la competencia o de la guerra, a espaldas de los actores. La forma tomada por esta reestructuración puede ser afectada por la victoria de uno u otro estado, ya que las políticas de diferentes estados reflejan diferentes equilibrios de relaciones de clase. Sin embargo, el efecto principal en las relaciones de clase no está determinado por quién gana, sino por la existencia misma de la guerra. Es la guerra la que conduce a una destrucción masiva del capital constante, a un aumento brutal de la tasa de plusvalía, a un disciplinamiento general de toda la sociedad y al refuerzo de todos los valores de hombría, disciplina y nacionalismo que son esenciales para el mantenimiento del orden capitalista. La guerra no es la única forma de alcanzar estas metas, pero a veces es una forma efectiva de hacerlo. La ausencia de la guerra puede contribuir a la erosión de la subordinación requerida por la expansión capitalista a largo plazo. Se puede argumentar que esta erosión es el núcleo de las dificultades actuales del capital.

En la guerra, como en la competencia, fragmentar la dominación es esencial para asegurar su efectividad. La separación de lo político y lo económico, y sobre todo la fragmentación de lo político en una multiplicidad de estados es crucial para el mantenimiento de la dominación capitalista.

Llegamos entonces a este resultado: de la misma manera en que los gerentes de Ford o General Motors (por ejemplo) están en el mismo bando en la guerra en contra de los trabajadores, así los generales de ambos ejércitos en una guerra están en el mismo bando en contra de la gente. Las armas de ambos lados están volteadas contra nosotros.

¿Cuáles son entonces las fuerzas que se oponen en una guerra? Sólo superficialmente son los dos ejércitos. Más profundamente, son los estados con sus ejércitos por un lado, y la gente desarmada por el otro. ¡Qué ridículo! Sí, pero con el mundo como está, hay que pensar lo ridículo para tener alguna esperanza.

Ridículo y al mismo tiempo no tan ridículo. Los motines y el asesinato de los oficiales por parte de sus soldados son un elemento significativo en todas las guerras. Pero no es solamente eso. Si entendemos la guerra como un intento de imponer una reestructuración de las relaciones sociales, entonces muchas veces no es muy exitosa. Si pensamos en la Primera Guerra Mundial como un proceso de reestructuración social, ¿cuáles fueron las fuerzas decisivas que moldearon la reestructuración? Las luchas revolucionarias de la gente en Rusia y en muchos otros países. ¿Qué fue lo que determinó el resultado de la Segunda Guerra Mundial como proceso de reestructuración? Las luchas latentes y abiertas de aquellos que se negaban a aceptar un regreso al capitalismo de los años '30. ¿Cuál fue la fuerza decisiva en la Guerra de Vietnam? La repulsión en contra del militarismo en todo el mundo, el llamado "síndrome de Vietnam" que los políticos y los generales tanto temen en la situación actual.

La guerra, como la competencia, es un conflicto no tanto entre dos grupos de gente como entre dos formas de relaciones sociales, dos formas de hacer. Por un lado, la violencia, la disciplina, la subordinación, la autoridad jerárquica, la negación de la dignidad humana. Por el otro lado, la insubordinación, la afirmación de la dignidad humana como una fuerza negada pero real, la lucha por una forma de resolver los conflictos que respete la dignidad humana. Por un lado, la desesperación de las armas, por el otro la confianza en nosotros que decimos "¡no!"

III

Todas las guerras son guerras en contra de la gente, pero esto es particularmente claro en el caso actual.

El protagonista principal es el estado norteamericano, pero la guerra está apoyada por una coalición internacional incluyendo a casi todos los estados. Esto se debe en parte a la presión estadounidense, pero sería equivocado pensar simplemente en términos de la fuerza del imperialismo estadounidense, o incluso en términos de un Imperio en el cual la fragmentación de lo político en una multiplicidad de estados ya no es importante. Es más bien que cada estado está aprovechando la oportunidad creada por la guerra y el ataque contra las torres gemelas para hacer avanzar sus propios intereses. Un ejemplo de esto sería la decisión del gobierno alemán de mandar sus tropas a la guerra, que tiene más que ver con sus propias políticas internacionales que con cualquier presión del estado norteamericano; o incluso el uso de la guerra, por el gobierno paquistaní, para reducir su deuda externa.

Mucho más importante que estos ejemplos es el hecho de que hay probablemente muy pocos estados (si es que hay alguno) que no hayan usado la situación actual para aumentar la vigilancia de sus poblaciones. No es por la presión estadounidense sino por su propia naturaleza de estados preocupados por el mantenimiento del orden y la atracción de la inversión capitalista, que los estados de todo el mundo están aprovechando la situación para aumentar la vigilancia de los grupos disidentes, intensificar el control de los extranjeros, restringir lo que se ha ganado a través de las luchas por los derechos humanos, aumentar la censura, incrementar los gastos en policía, ejército y seguridad privada. En muchos casos esto involucra la introducción de legislaciones o decretos oficiales que no hubieran sido posibles antes del 11 de septiembre: los ejemplos de Estados Unidos y de Gran Bretaña son los que vienen a la mente, pero tiene que haber muchos más. En otros casos hay simplemente una intensificación de la vigilancia de extranjeros y de grupos disidentes y una intensificación de la arbitrariedad con la cual son tratados. Muchas veces, los gobiernos presentan estas medidas como una respuesta a una situación externa, de la misma manera en que las medidas de austeridad económica se presentan como una respuesta al Fondo Monetario Internacional, pero en todos los casos son medidas introducidas por los estados individuales para disciplinar a sus propias poblaciones, para fortalecer la subordinación. En este sentido, la guerra actual es más directamente que nunca, una guerra de todos los estados contra toda la gente.

Tal vez lo más importante es ver que esta guerra de todos los estados es parte de un intento confuso, irracional, contradictorio y sobre todo oportunista de reestructurar las relaciones sociales a nivel global. Esto no significa que la guerra fuera planeada desde antes, ni que los atentados del 11 de septiembre fueran llevados a cabo por el propio gobierno estadounidense, sino simplemente que el estado norteamericano está aprovechando la ocasión para imponer (colaborativa y competitivamente) una reestructuración de las relaciones sociales. Estas medidas son tanto colaborativas como competitivas (como las relaciones entre los estados): colaborativas porque todos comparten un interés común en declarar “la guerra contra el terrorismo”, competitivas porque las medidas son inevitablemente parte de la lucha competitiva para atraer el flujo del capital a sus territorios particulares. Esta reestructuración está obviamente entrelazada con la crisis manifiesta del capitalismo y el intento de superarla. La crisis intensifica la naturaleza competitiva de las medidas y al mismo tiempo incrementa la presión para establecerlas, con el fin de imponer la subordinación de la sociedad en general.

¿Contra qué tipo de insubordinación está dirigido el ataque del capital? En cierta medida es justo lo que dicen los políticos: contra la insubordinación que se vuelve tan desesperada que se expresa a través de actos terroristas como los atentados del 11 de septiembre. Pero eso es nada más una parte pequeña del problema para el capital. Mucho más importante es el movimiento anticapitalista que ha ganado tanta fuerza en los últimos años. El ataque del capital y el asalto del 11 de

septiembre han golpeado duro al movimiento, no sólo por las medidas de vigilancia y represión, sino también por la conexión establecida en la mente de la gente entre protesta y terrorismo. Y más allá del movimiento explícitamente anticapitalista, el problema para el capital es la difusa falta de subordinación de la sociedad y la falta de respeto al capital; el desgano de la gente para dedicar su vida entera a la acumulación de capital.

Hay que mencionar especialmente una forma de insubordinación que es objeto muy obvio del ataque actual: la migración que cruza las fronteras. La migración es insubordinación en el sentido sencillo de que implica la negación a aceptar (por la razón que sea) las condiciones de vida o de empleo en el lugar de origen, pero no es solamente eso. Mucha de la migración es ilegal. No respeta los controles migratorios y no acepta, por lo tanto, la autodefinición territorial del estado y la definición de identidades sobre la cual el estado está construido. En años recientes, debido al ensanchamiento dramático de la brecha en términos de condiciones de vida entre países ricos y pobres, esta forma de migración ha aumentado muchísimo, y el control de la inmigración ilegal se ha vuelto una preocupación mayor para los estados. Se puede argumentar que el movimiento de los trabajadores constituye una de las amenazas más grandes a la reproducción del capitalismo: probablemente el movimiento libre de personas es incompatible con la existencia del capitalismo. La guerra contra el terrorismo es directa y obviamente una guerra en contra de los migrantes: las medidas “antiterroristas” introducidas por los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países están dirigidas sobre todo en contra de los migrantes, casi todas (o todas) las personas detenidas han sido migrantes. Además, las medidas estatales promueven un racismo en la sociedad que va mucho más allá de los controles legales. El racismo está dirigido en primer lugar en contra de los migrantes, pero su énfasis en la identidad es un ataque contra todos, contra la humanidad misma.

Nosotros entonces, estamos en el centro de la guerra. No estamos en los márgenes como observadores impotentes. En esta guerra no somos víctimas sino protagonistas. El ataque contra nosotros implica inevitablemente una respuesta nuestra, un intento de luchar por nuestra humanidad. Es importante reconocer que el poder no está necesariamente con aquellos que tienen las armas, y que la guerra es parte de una lucha más amplia. Normalmente el resultado de las guerras dista mucho de las metas de sus protagonistas obvios. Los líderes políticos que encabezaron la masacre de la Primera Guerra Mundial no tenían en mente la Revolución rusa y la destrucción del orden que ellos querían defender. Churchill quería vencer a Hitler pero no fue por el estado de bienestar de la posguerra por lo que estaba luchando. Después de todas las guerras, los hombres armados preguntan horrorizados “¿fue por eso que peleamos?”. Y claro que no fue por eso, porque el resultado de las guerras no depende de las armas y las bombas. Depende de procesos mucho más profundos, de los cuales nosotros y nuestro grito somos parte activa.

IV

La guerra es una guerra en contra de nosotros, pero nuestra lucha no es una guerra contra ellos. El término “guerra de clases” es una metáfora desafortunada. Tiene el mérito de subrayar la violencia con la cual el capital nos ataca y la intensidad de nuestra negación. El problema con la metáfora es que sugiere que hay una simetría entre las partes en conflicto: en la guerra un ejército es la imagen de espejo del otro. Pero en la lucha de clases no puede haber simetría simplemente porque no es una lucha entre dos grupos de personas sino entre dos formas de hacer, dos formas de relaciones sociales. La organización militar y la autoemancipación son incompatibles, como los zapatistas han indicado en muchas ocasiones. La guerra actual es una guerra de todos los estados en contra de toda la gente. Pero no es nuestra guerra, por más que la violencia de la guerra nos tiene a tomar una pistola para matar a los políticos prepotentes, esos ejemplares grotescos de la inhumanidad que nos quieren imponer a todos. Dejemos la guerra en su lugar. La guerra es una forma capitalista de hacer, siempre dirigida en contra de la dignidad humana. La lucha en contra del capital es una antiguerra, la invención constante de nuevas formas de hacer, siempre un ir más allá de la perspectiva del capital. Ahora no es el momento de tomar las armas, sino de construir sobre la base de las lecciones del levantamiento zapatista y del movimiento anticapitalista de los últimos años. Los estados se han expuesto en la desnudez de su brutalidad, haciendo más claro que nunca que nuestra lucha va por otro camino.